

CAPITULO IV.

LOS TREINTA TIRANOS.—CRITIAS, MARAT.—ERAMENES, SIÉYES.

Los lacedemonios se apoderaron de Atenas algunos años despues de la revolucion de los Cuatrocientos. Habiendo mandado Lisander derribar las murallas, extinguió la democracia, y nombró treinta ciudadanos que debian ocuparse en redactar una nueva constitucion. No tardaron esos hombres perversos en apoderarse de la autoridad imprudentemente confiada á sus manos. Demos á conocer los principales actores de aquella sangrienta escena.

Al frente de los Treinta Tiranos, figuraba Critias filósofo de la escuela de Sócrates. Tenia este déspota todos los vicios que en nuestros dias han desolado la Francia: era ateo por principios, sanguinario por placer, tirano por inclinacion, y asi como Marat, habia renegado de Dios y de los hombres.

Su colega Teramenes tenia mas talento y tambien le aventajaba en disimulacion. Era apasionado cual otro Siéyes de la democracia; mas sin embargo, ya hemos visto que se avino á ser uno de los Cuatrocientos, contribuyó directamente á la caída de estos y fue elegido individuo de los Treinta, despues de la rendicion de Atenas.

Lo primero que hicieron aquellos tiranos, fue asociarse tres mil foragidos, y sacar de Lacedemonia una fuerza armada dispuesta á ejecutar sus órdenes. Cuando se creyeron bastante fuertes procedieron sin descanso á desarmar á los ciudadanos (como lo ha hecho en nuestros dias la Convencion respecto de las secciones de París;) y solo dejaron armas á los Tres mil, que al mismo tiempo siguieron gozando de sus derechos de ciudadano. Tambien los conjurados de Francia obraron del mismo modo convirtiendo á los jacobinos en únicos ciudadanos activos de la república; en tanto que el resto del pueblo, sumergido en la nulidad y el terror, temblaba bajo el gobierno revolucionario.

Cuando los Treinta creyeron bien asegurado su poder, soltaron toda rienda á los crímenes; todos los atenienses sospechosos de afecto á la antigua libertad y todos los que poseian algunos bienes de fortuna, fueron envueltos en una proscripcion general. Critias solia decir, como Marat, que á todo trance convenia hacer rodar las principales cabezas de la ciudad. Llegaron aquellos monstruos al extremo de condenar á muerte á un ciudadano rico, para pagar con la confiscacion de sus bienes á los satélites de su tiranía, y como si esa tragedia debiera ser enteramente parecida á la que Robespierre y la Convencion representaron en Francia, privaron de honores fúnebres á los ciudadanos degollados por el puñal de sus verdugos.

No era ya la brillante Atenas, comparable solo á una vasta tumba habitada por el terror y el silencio. El ademán, la mirada, el pensamiento eran motivos de acusacion, contra cualquier ciudadano. Los

de la soberania del pueblo, antes por el contrario seria peligroso el derivar la libertad del derecho político; pues este siempre es controvertible, y está sujeto á interpretacion y modificaciones. La libertad tiene un origen mas sólido dimanando del derecho natural. El hombre ha nacido libre. No á quiere su libertad asociándose con los demás hombres; mas bien la pierde que la gana en las asociaciones políticas, mas no por eso deja su imprescriptible derecho á ella. Dios no quiso que sometiera ese derecho sino al orden, y no lo expuso á perderlo sino por la violencia de las pasiones.

De aquí resulta que la libertad no puede ni debe soportar mas que el yugo de la ley; que ningun soberano tiene autoridad política sobre ella, que cuanto mas ilustrada sea esta libertad, menos expuesta se halla á perderse por las pasiones, y que asi como su principal enemigo es el vicio, es su mas firme apoyo la virtud.

tiranos fijaban su atencion hasta en la frente de las víctimas y sobre ese hermoso órgano de la verdad, trataban aquellos malvados de sorprender un vestigio de candor ó virtud, asi como el juez trata de investigar el crimen entre los tenebrosos actos del acusado. Los menos desgraciados de los atenienses pueden llamarse aquellos que protegidos por las sombras de la noche, podian evadirse de la ciudad y llegar á implorar el caritativo auxilio de alguna nacion extraña.

Por último, algunos de los mismos tiranos no pudieron menos de asombrarse en vista de tan enormes atentados. Teramenes coservaba en el fondo de su alma algun valor y alguna inclinacion hácia el bien: opúsose magnánimamente á la atroz conducta de sus colegas, y desde aquel momento quedó por parte de estos decretada su perdicion. Tallien, aborrecido de Robespierre, estuvo á punto de ser víctima de una acusacion, pero siendo mas afortunado ó mas diestro que el ateniense, supo convertir el puñal contra el acusador. Asi es como las eventualidades disponen de la vida de los hombres. Voy á presentar el cuadro de estas dos célebres acusaciones á fin de demostrar que los partidos han usado siempre el mismo lenguaje, procurando acusar á sus enemigos con unas mismas razones, y excusar su conducta fundándose en iguales principios. Creo dar una provechosa leccion á los ambiciosos y á los amigos de las revoluciones, demostrando que en todos los siglos no han ofrecido mas salida á los que han entrado en su órbita, que la tumba. (a)

CAPITULO V.

ACUSACION DE TERAMENES: SU DISCURSO Y EL DE CRITIAS —ACUSACION DE ROBESPIERRE.

Al abolir las autoridades constituidas, los Treinta Tiranos dejaron subsistir en Atenas el senado, de cuyo terror estaban seguros que no se atreveria á oponerse á sus atentados. Ante este tribunal fue donde Critias acusó á Teramenes. El pueblo lleno de temor asistia guardando un sepulcral silencio al acto en que iba á decidirse la suerte del último defensor de sus derechos en tanto que los emisarios de la tiranía tomaban asiento ocultando bajo los pliegues del manto sus puñales.

Estando ya reunido el senado, Critias habló en estos términos.

«Senadores; no falta quien acusa de severidad á nuestro gobierno sin tener en cuenta la malhadada necesidad consiguiente á la reforma de todo Estado. Pero Teramenes, que es miembro de ese gobierno, y uno de los que nos hacen ese cargo ¿no será por ventura quien lo merece con mas fundamento? ¡Ah! No es él quien ha enseñado el arte de conspirar! Llamándose amigo del pueblo, estableció el poder de los Cuatrocientos, y cuando los vió amenazados de una inevitable ruina, los abandonó prontamente pasando al partido contrario, mereciendo que por esa facilidad en acomodarse á uno y otro bando se le diera el sobrenombre de *Coturno*. Senadores, ¿será digno de la vida el que prostituye su fe al interés? Quitad, decretando su muerte un caudillo á los sediciosos, cuyas esperanzas alienta con su audacia.»

Teramenes contestó:
A vuestro juicio dejo, senadores, el decidir quién de Critias ó yo es en realidad enemigo vuestro. Cierto es que seguí el parecer de Critias cuando mandó castigar á

(a) Bien se echa de ver que en todas las épocas de mi vida, y en todas partes me he manifestado tan amigo de las libertades públicas como enemigo de las revoluciones. Estoy convencido de que con la razon y la constancia se pueden producir en el orden político las reformas necesarias sin trastornar la sociedad, sin adquirir libertad por medio de atrocidades é injusticias.

los delatores, pero tambien me opuse á que proscribiera á los hombres de bien como á un leon de Salamina á un Nicias, cuya muerte ha sido el terror de los propietarios y aun Antifon, cuya sentencia hace estremecer todavia á todos los beneméritos de la patria. He reprobado la confiscacion de los bienes porque la creo injusta, y el desarme de los ciudadanos, porque propende á debilitar el Estado. Me he opuesto á la admision de tropas extranjeras, porque pueden convertirse en instrumentos de la tiranía, y he votado contra el destierro de los atenienses como peligroso á la seguridad del Estado. Senadores ¿no arruinan efectivamente vuestra autoridad los que se apoderan de los bienes ajenos, y los que condenan personas inocentes al patíbulo? ¿Me acusan de volubilidad! ¿Es Critias quien puede hacerme esa acusacion? Enemigo del pueblo en la democracia: enemigo de los hombres virtuosos cuando el gobierno está en manos del pequeño número, no quiere constitucion popular sino con la canalla, ni constitucion aristocrática sino con la tiranía.

Advirtiendo Critias que este discurso producía sensacion en el senado, llamó á sus sicarios y replicó diciendo: He aquí unos patriotas que no estan muy dispuestos á dejar escapar al criminal. En virtud de mi soberanía borro á Teramenes del número de los ciudadanos y le condeno á muerte.—Y yo exclamó Teramenes abrazándose al altar no pido sino que se me forme causa con arreglo á la ley ateniense ¿no considerais que es tan fácil borrar vuestro nombre del número de los ciudadanos como el mio? Critias mandó avanzar á los asesinos y el senado bajo la impresion del terror nada dijo al ver que Teramenes era violentamente arrancado de las sagradas aras. Solo Sócrates tuvo valor para oponerse aunque en vano al infame proyecto. El desgraciado colega de Critias, arrastrado por los asesinos trataba al pasar entre la multitud, de enternecer al pueblo recordando los beneficios que le habia dispensado pero ¿se acuerda de ellos alguna vez el pueblo? (1) Al llegar al calabozo de los Treinta, Teramenes bebió intrépidamente la cicuta y lanzando al aire como en el brindis de un festin los restos que habian quedado en la copa «eso para el hermoso Critias» exclamó.

¿No podriamos decir que esos hechos no fueron mas que un retrato de la Convencion? ¿No se arrastraron tambien repetidas veces por el cieno los miembros de esta haciéndose recíprocamente blanco de las mas

(1) Este hecho me trae á la memoria la interesante reflexion de Velejo Paterculo al hablar de Pompeyo, que creyendo encontrar asilo cerca de este monarca á quien habia colmado de favores, no halló sino la muerte. *Sed quis, dice aquel historiador, beneficiorum servat memoriam? Aut quis ullam calamitosis debere putat gratiam? Aut quando fortuna non mutat fidem?* Las últimas pirámides de Egipto, construidas por los esfuerzos reunidos de todo un pueblo, y la humilde tumba de arena del gran Pompeyo, furtivamente erigida sobre la misma playa, por la piedad de un veterano, debieron ofrecer á César dos monumentos bien extraordinarios de la vanidad de las cosas humanas. Deberian los pintores tomar de la historia asuntos que reunieran la magestad de la moral con la sublimidad de la naturaleza. La tumba del rival de César podria ofrecer esa doble pompa. Un mar agitado, las ruinas de Cartago medio sepultadas en la arena y entre los juncos marinos; Mario contemplando la tempestad, apoyado con ademán pensativo en el truncado fuste de una columna, donde en caracteres púnicos podian leerse las primeras letras del nombre de Anibal, ofreceria otro asunto no menos sublime que el primero. De la historia de los suizos podia tomarse otra idea para un cuadro. El pintor representaria los tres grandes libertadores de la Helvecia en su sencillo traje de aldeanos, reunidos secretamente en un lugar desierto á la orilla de un lago solitario, y deliberando sobre la libertad de su patria, en medio de las montañas, los torrentes y los bosques, rodeados del silencio de la naturaleza, y no teniendo mas testigo de su santa union que el Dios que aglomeró aquellas inmensas rocas, y extendió el firmamento sobre su cabeza.

abominables acusaciones en tanto que la opinion estaba encadenada en las tribunas llenas de asesinos? Puede tambien el filósofo observar que en todas partes donde las revoluciones, es decir sus efectos, han sido duraderas, jamás se han visto deshonradas por tales excesos ¿Que se podrá inferir de semejante observacion?

Una de las épocas mas memorables de la revolucion francesa es indudablemente la caída de Robespierre. Ese tirano á quien no le faltaba ya mas que un escalon para trepar al trono, resolvió derribar la cabeza del moderado Tallien, asi como Critias se habia propuesto deshacerse de Teramenes. Volvió con ese objeto á presentarse en la Convencion despues de una larga ausencia. Habriase dicho que el frio de la tumba pegaba ya la lengua de aquel miserable al paladar: enigmático, tartamudeando y frio, parecia que hablaba desde el fondo de la huesa. Otra circunstancia no menos notable es, que todavia su discurso, cuya impresion se mandó hacer por la mas baja de las adulaciones, no habia salido de la prensa, cuando sobre el hombre omnipotente que lo habia pronunciado, cayó la cuchilla del verdugo. ¡O altitudo!

Llegó por fin el dia de las venganzas, apenas se concibe cómo Robespierre que indudablemente debia ser conocedor del corazón humano, hizo denunciar ante los jacobinos á los diputados cuya perdicion meditaba: eso equivalia á reducirlos á la desesperacion y hacerlos mas formidables. Presentáronse pues ante la Convencion resueltos á morir ó á derribar al déspota. Era tal el imperio que este ejercia entonces sobre sus cobardes colegas, que por de pronto no se atrevieron á atacarlos de frente, pero al fin alentándose mutuamente llegaron á dar un carácter amenazador á la acusacion. Robespierre quiso hablar, mas por todas partes resonaron gritos de *abajo el tirano*. Tallien se presentó en la tribuna: He aquí, dijo, un puñal para hundirlo en el seno del tirano, en el caso de ser desechado el decreto de acusacion. No lo fue ciertamente: Barrere, abandonando á su amigo, y presentándose como acusador inclinó la balanza del desgraciado Robespierre. Procedieron á su arresto y habiendo sido librado por los jacobinos pudo guarecerse en la casa consistorial, donde vanamente hizo esfuerzos por reunir su partido. Puesto fuera de la ley por la Convencion, abandonado de todo el mundo, ni aun tuvo el recurso de escapar de sus enemigos por aquel medio que nos sustrae de la persecucion de los hombres; la fortuna se le declaró contraria hasta el punto de rehusarle ocasion de consumar el suicidio. Arrancado por los ejecutores de la justicia del rincon (detrás de una mesa) en donde habia atentado contra sus dias, tuvo que subir manchado con su propia sangre á la guillotina. Débilera sin duda la espacion que Robespierre ofrecia con su muerte á las atrocidades que habia cometido; pero al caer en su mano del verdugo la piedad se desentiende de los crímenes que ha cometido y no cuenta mas que sus padecimientos. (a)

CAPITULO VI.

GUERRA DE LOS EMIGRADOS.—EJECUCIONES EN ELEUSINA. —MATANZAS DEL 2 DE SETIEMBRE.

Despues de la ejecucion de Teramenes, ningun ciu-

(a) Haré por centésima vez notar que el *Ensayo* es obra de un emigrado, y que como tal sabia muy poco ó nada acerca de los hombres que en aquel tiempo dominaban en su país: este es el motivo que le hace tomar por personajes á unos facciosos vulgares que habian vuelto á caer en su natural oscuridad. Mas no son ya tan chocantes las comparaciones por la razon de ser tambien Critias y Teramenes actores comunes y sin celebridad. No puede sin embargo decirse que esos emigrados que se compadecian hasta del mismo Robespierre, fuesen hombres de animo violento. (N. ED.)

dadano, excepto Sócrates, se atrevió á oponerse á las determinaciones de los Treinta. Sin embargo, los emigrados expulsados por la tiranía no habían podido encontrar un sitio donde reclinar su cabeza. Lacedemonia amenazaba con su poder á cualquiera que se atreviese á darles asilo. Esa misma conducta observó la Convencion respecto de los emigrados franceses, y algunos Estados tuvieron la cobardía de obedecer. Solo Tebas y Megara dieron el valeroso ejemplo que en nuestros dias hemos visto renovado por la Inglaterra imponiéndose el deber de dar un asilo á la humanidad afligida.

No tardaron los emigrados en reunirse bajo Trasíbulo, ciudadano distinguido por sus virtudes. Un pequeño grupo compuesto solamente de setenta de aquellos héroes se apoderó del fuerte de Phylé. Presentáronse los partidarios del gobierno de los Treinta con su caballería, pero fueron rechazados, y temiendo en vista de esta derrota una sublevacion en Atenas, se retiraron á Eleusina.

El modo con que trataron á los habitantes de esta ciudad (sospechosos sin duda de adhesión al partido contrario), recuerda una de las escenas más trágicas de la revolucion francesa. Habiendo erigido un tribunal en la plaza pública, mandaron que todos los ciudadanos se presentaran á inscribirse en sus registros. Al ciudadano que se presentaba á cumplimentar esta orden, le hacían pasar por una puerta secreta que comunicaba con la playa, en la cual había una fuerza de caballería formada en dos filas, que apoderándose de la víctima la entregaba al juez criminal para que mandara ejecutar su sentencia de muerte (1). Esto fue también lo que poco más ó menos ocurrió en las matanzas del 2 de setiembre.

Habiendo Trasíbulo aumentado el número de sus secuaces, se apoderó del Pireo. Empezaba ya la opinión pública á interesarse por aquel puñado de generosos ciudadanos que estaban en abierta lucha contra el poder de la tiranía, de manera que de todas partes empezaron á recibir socorros, y hasta el orador Lysias les envió quinientos hombres. Tampoco se descuidaron los Treinta en atacar con su ejército á Trasíbulo para desalojarle de aquella posición. Este mandó formar en batalla á sus soldados, infinitamente inferiores en número á los de Critias, y dejando en el suelo su escudo, «*¡a amigos míos, les digo, vamos á combatir para arrancar por medio de la victoria nuestros bienes, nuestra familia y nuestra patria de manos de los tiranos. Feliz el que goze el honor de la victoria ó recobre la libertad aunque sea á expensas de la vida! No hay cosa más dulce que morir por la patria.*»

Los emigrados al oír estas palabras, se precipitaron sobre las tropas enemigas. Era muy desigual el combate para que la victoria pudiera permanecer mucho

(1) Este pasaje merece una explicación. Jenofonte que es el que refiere este hecho en el libro segundo de su historia, no dice terminantemente para que *mandara ejecutar su sentencia de muerte*, sino que el general que mandaba aquella fuerza de caballería, iba entregando los ciudadanos al juez criminal; que al día siguiente los Treinta reunieron las tropas, y les manifestaron que debían tomar parte en la *condenación* de los habitantes de Eleusina; puesto que el gobierno y el ejército estaban envueltos en una misma suerte. ¿No era esto hablar con bastante claridad? Algunos autores que ya he citado han hecho subir á quinientos el número de los justiciados en Atenas; pero Jenofonte hace decir á Cleocrito en un discurso, que las víctimas sacrificadas por los Treinta durante algunos meses de paz, excedieron en número á cuantas perecieron durante la guerra del Peloponeso en veinte y siete combates. Aunque á primera vista parece exagerado este aserto, no deja de tener en el fondo alguna verdad. Por otra parte tal vez sería posible demostrar que la expresión del original griego encierra el sentido que yo le doy, si pudiera resolverme á cansar al lector por medio de una disertación gramatical. En vista, pues, de todo lo manifestado, puede muy razonablemente inferirse que hubo una gran matanza en Eleusina.

tiempo indecisa. Por una parte peleaban la venganza y la virtud, y por la otra el crimen y el remordimiento. Los tiranos fueron derrotados; Critias perdió la vida y sus satélites, llenos de terror, corrieron á encerrarse en Atenas.

Después de la batalla los soldados de ambos partidos se comunicaron entre sí, y se vió que los que habían peleado en favor de Critias eran del número de los Cinco mil, únicos que como ya lo he dicho habían conservado el derecho de ciudadanos Cleocrito, partidario de Trasíbulo, les hizo comprender que era una locura el exponerse á morir por semejantes tiranos. Los Cinco mil se desengañaron al fin, y nombraron otros diez, cuya conducta no fue menos criminal que la de los primeros. Los Treinta y su facción huyeron á Eleusina.

CAPITULO VII.

DESTRUCCION DE LA TIRANÍA.—RESTABLECIMIENTO DE LA ANTIGUA CONSTITUCION.

Una de las máximas del pueblo libre de Esparta, era el sostener por todas partes la tiranía. No hay en semejante modo de pensar generosidad alguna; mas sin embargo, es bastante natural. Todos procuramos ser felices, pero no todos podemos tolerar la felicidad de nuestros vecinos. Los hombres nos parecemos á esos niños ambiciosos que no contentos con sus juguetes, quieren apoderarse de los de sus compañeros (a). Los lacedemonios volaron á defender á los Treinta, y Lisandro bloqueó el Pireo: perdidos estaban los emigrados atenienses, si las pasiones humanas no hubiesen venido á salvarlos y á devolver la paz á Atenas.

Pausanías, rey de Esparta, envidioso de la gloria de Lisandro, halló medio de ser enviado á Atenas con un ejército. Aparentó dar un combate á Trasíbulo pero al mismo tiempo le invitó secretamente á que enviara á Esparta algunos de sus amigos.

Estos concluyeron un tratado por medio del cual la tiranía quedó abolida, y restablecido el antiguo gobierno en su primitiva forma. Así que esta buena noticia llegó á Atenas, los partidos se reconciliaron, y Trasíbulo después de haber ofrecido un sacrificio á Minerva, terminó con estas palabras el discurso que dirigió á los Treinta y á los Diez: «*¿Por qué razón queréis imponernos vuestro mando, ciudadanos? ¿Valeis por ventura más que nosotros? ¿Hemos ambicionado, aunque somos pobres, vuestras riquezas, siendo así que vosotros habéis cometido mil crímenes por apoderaros de las nuestras?... No quiero recordar lo pasado; pero nosotros os haremos conocer que muchas veces el oprimido tiene más virtud y más fe que el opresor.*»

Los Treinta y los Diez que como hemos dicho, se habían retirado á Eleusina, quisieron levantar tropas para restablecerse. Un tirano reducido á la impotencia, es como una fiera encadenada y por lo mismo más feroz. Marcharon los atenienses contra aquellos miserables, y dieron fin de ellos en una entrevista. Sus parciales se arreglaron por último con los vencedores, y convinieron en una amnistia en que quedaron cerradas todas las heridas del Estado.

CAPITULO VIII.

UNA PALABRA SOBRE LOS EMIGRADOS.

Alguna vez al escribir la historia del reinado de los Treinta, me he preguntado á mí mismo: ¿por qué razón elevan á Trasíbulo hasta las nubes? ¿Por qué rebajan á los emigrados franceses hasta el último grado, siendo así que todos se hallan exactamente en el

(a) ¿De dónde pude yo sacar una tan abominable idea acerca de la humana naturaleza? (N. ED.)

mismo caso? Los emigrados de ambos países, viéndose obligados á huir de la persecucion que sufrían en su patria, tuvieron que empuñar las armas en tierras extranjeras en favor de la antigua constitucion de su país. Las palabras no deben alterar la verdadera naturaleza de los hechos: aunque los emigrados atenienses se hubieran batido por la democracia y los franceses por la monarquía, el hecho es exactamente el mismo. Esa diferencia de opiniones sobre unos mismos objetos proviene de nuestras pasiones: lo pasado lo juzgamos con arreglo á la justicia, y lo presente con arreglo á nuestros intereses.

Nuestros emigrados, como todo lo que procede del choque de las revoluciones, tienen violentos detractores y fogosos partidarios. Para aquellos no son más que unos malvados, la hez y el oprobio de la nacion; para estos son unos hombres virtuosos y valientes, flor y gloria del pueblo francés. Esto trae á la memoria el retrato de los chinos y los negros: todos buenos ó todos malos. No basta en la actualidad convenir en que un gran señor puede ser un picaro, y un realista un hombre depravado: es preciso confesar que cualquiera de aquellos antiguos nobles debió por necesidad ser un perverso. ¿Y por qué? Porque uno de sus antepasados del tiempo de Dagoberto podía obigar á sus vasallos á que hicieran callar las ranas de un estanque inmediato á su castillo feudal cuando su esposa se hallaba de parto.

Algun buen extranjero en el rincón de su hogar en un país tranquilo, seguro de levantarse por la mañana con la misma quietud con que se acuesta por la noche, en completa posesion de su fortuna, con la puerta de su casa bien cerrada, rodeado de amigos y con toda seguridad al exterior, dice tal vez apurando una copa de buen vino, que los emigrados franceses hicieron mal en abandonar su patria: ese buen extranjero es consecuente en su modo de discutir. El se halla perfectamente; nadie le acosa; puede pasearse por donde le acomode sin temor de que nadie le insulte ni nadie le asesine: su casa está libre de que nadie vaya á pegarle fuego, ni nadie le arrojara de ella como una bestia feroz: está en posesion de todos esos bienes: goza de toda esa tranquilidad solo porque la suerte ha querido que se llame Perez y no Gonzalez, y porque su abuelo que murió hace cuarenta años, tenía el derecho de sentarse en un banco determinado de la iglesia, y detrás de su asiento mantenía en pie dos ó tres arlequines vestidos de librea (a). No hay duda, vuelvo á decir, que ese buen extranjero raciocina con mucha consecuencia al decir que los franceses hicieron mal en emigrar de su país.

Nadie sino el desgraciado es juez competente de la desgracia. El corazón grosero de la prosperidad no puede comprender los sentimientos delicados del infortunio. Muy fuertes nos creemos en los dias de bienandanza, y magistralmente solemos decir: «*Si nos halláramos en esa posición haríamos esto, obraríamos de aquel modo...*» pero cuando la adversidad pesa sobre nosotros, entonces conocemos de lleno nuestra propia flaqueza, y con amargo llanto recordamos nuestras baladronadas y las frívolas palabras que se nos escaparon durante los dias felices.

Considerando imparcialmente todo lo que los emigrados franceses tuvieron que sufrir en su país, ¿quién es el hombre dichoso en la actualidad, que poniendo la mano sobre su corazón se atreva á decir: «*¿Yo no hubiera obrado como ellos?*»

La persecucion principió simultáneamente en todos los puntos de Francia, y en mi concepto no fue la que lo produjo. Aunque hubiésemos sido el mejor patriota, el demócrata más exagerado, bastaba el tener

(a) No sé si esta clase de defensa era muy agradable á mis compañeros de infortunio. (N. ED.)

un apellido conocidamente noble, para haber sufrido todo género de persecuciones, y para haber muerto á manos del verdugo: así lo acreditan los Lameth y otros muchos que á pesar de ser revolucionarios y de la mayoría de la Constituyente, tuvieron que sufrir la completa devastacion de sus propiedades.

Hordas de salvajes, excitadas por otros, salieron de sus guaridas. Un desgraciado noble, en su casa de campo, veía llegar los azorados inquilinos uno tras otro diciéndole: «*Señor, que están tocando á rebato; señor, que ya están aquí; señor, que están determinados á quitarnos la vida; señor, ponéos en seguridad, huid, ó estáis perdido!*» Si el desgraciado, cuyo sueño acababa de ser interrumpido en las altas horas de la noche por los gritos de fuego y de asesinato, quería después de haber podido salir con mil peligros de entre las llamas de sus hogares, refugiarse con su esposa é hijos, medio desnudos, en alguna poblacion inmediata, allí era recibido con gritos de muerte por un populacho feroz que al verlo gritaba: «*Al palo el aristócrata. Al palo!*» En el acto venía la municipalidad con su cinta encarnada, y al frente del populacho á registrar al misero prófugo para saber si llevaba armas. Si por desgracia le encontraban un cuchillo de monte lleno de orin, ó una pistola tal vez sin llave, conducíanlo entre horribles vociferaciones de *traidor, conspirador, perverso*, á la casa de ayuntamiento, para tomar razon de sus supuestas maquinaciones contra el pueblo, y en defecto de otras pruebas bastaba el que se le probase haber oído misa, según la fe de sus padres, para que se le impusieran exorbitantes multas, calculadas con arreglo á la totalidad de las rentas que en otro tiempo cobraba, y de las cuales tal vez en aquel momento no percibía ni la menor cantidad: imponíansele sumas enormes que no pocas veces excedían la suma total de aquellas rentas (1). Tan absurdos, tan arbitrarios eran aquellos que se habían intrusado en el conocimiento de las causas políticas!

En medio de aquel abandono general, en medio de aquella persecucion, no tenían los nobles otro recurso que refugiarse en la capital. Allí, confundidos entre la multitud, pensaron librarse por su pequeñez, contentándose con poder vivir en algún oscuro rincón, comiendo con alguna quietud el triste pedazo de pan que les había quedado: sin embargo, no sucedió así.

No parece sino que los hombres que dominaban aquella situación hicieron cuanto les fue posible para obligarles á expatriarse, y no falta quien opina que la Asamblea adoptó secretamente ese plan para tener un pretexto de apoderarse de sus bienes. Las víctimas no odian permanecer en París más que durante un tiempo dado: de lo contrario las puertas de sus casas aparecían el día menos pensado manchadas de negro y encarnado, como en señal de incendio ó de asesinato. Entonces fue cuando llegaron á verse en una situación tan horrible que vanamente yo intentaría describir. ¿A dónde habían de ir? ¿En dónde habían de poder ocultarse? Reducidos á la más profunda miseria; pero sin poder olvidar su patria, todavía se les vió caminar á pié por las carreteras hacia las capitales de sus respectivas provincias, donde por ser más conocidos tuvieron que apurar aun mayores amarguras. Otros regresaron á sus casas solares, es decir, á las ruinas que las llamas habían dejado en pié. Allí se consumió su último destino: algunos fueron arrojados á una hoguera, como el rey Juan, delante de su propia familia: algunos tuvieron que ser testigos de la bárbara violacion de sus propias esposas ó hijos, y en vano hubo nobles desgraciados que en medio de aquel infernal desorden elevaron su apagada voz para gritar: *Somos patriotas: os cedemos volun-*

(1) Esto es precisamente lo que sucedió á la madre del autor, teniendo que añadir seis mil francos de su bolsillo para satisfacer las contribuciones del año 1791.

tariamente nuestros bienes, nuestros vestidos... Sus débiles gritos fueron apagados por los alaridos de los caribes, ó solo sirvieron para redoblar su ferocidad. La desesperacion se apoderó de las víctimas. ¿Qué remedio les quedaba? Huir de su patria. Eso hizo el que pudo hacerlo.

Esa es una de las incontestables razones de la emigracion. ¿Quién cometerá el absurdo de dejarse persuadir por las declamaciones de los revolucionarios, que adunan el sarcasmo con la ferocidad, al condenar á aquellos desgraciados por un principio que no les dejaron abrazar? ¿Os apoderais de mis bienes y me llamais ladron! ¡Me asesináis, y si el dolor me arranca una queja, me acusáis de traicion! ¡Pegáis fuego á mi casa, y si me escapo por una ventana, me condenáis á muerte por desertor! ¿Y con qué derecho? Dejando por un momento aparte vuestra barbarie, ¿no me habeis ya por medio de multiplicadas órdenes incapacitado para todo destino público? ¿no me habeis condenado bajo la mas cruel severidad á una completa inercia? ¿Y aun os atreveis á decir que la patria necesita de mí! ¡Gran Dios! Inútil es toda razon cuando la falta de pudor llega á ese extremo. Asi como el filósofo de que habla Juan Jacobo, nosotros nos cerramos los oídos por no escuchar el grito de la humanidad y seguimos argumentando.

Pero precisamente en esa conducta es donde aparece la razon que obliga á ciertas personas á calumniar los emigrados. Hemos sido, dicen entre sí los calumniadores, crueles respecto de aquellos, y su desgracia pesa sobre nuestra responsabilidad. Cuando los hombres han cometido ó se proponen cometer una injusticia, se preparan acusando á la víctima: cuando en Cartago se arrojaban niños á la sagrada hoguera, se apagaban sus gritos con redobles de tambores y estrépito de trompetas. Cuando me han dicho que alguna persona se quejaba violentamente de mí, siempre he pensado que el tal se proponia hacerme algun daño, ó que yo le habia hecho algun bien (a)

CAPITULO IX.

DIONISIO EL JÓVEN.

Escenas de distinto carácter llaman nuestra atencion hácia Siracusa, donde podremos contemplar la monarquía despues de haber tratado tan largamente de las repúblicas. Inútil parece prevenir al lector de que en aquella clase de gobierno, lo mismo que en estas, no verá mas que unas mismas pasiones, unos mismos vicios, y unas mismas virtudes: la diferencia solo está en los nombres. La diadema régia, la tiara sacerdotal, ó el gorro del republicano, pueden causar tal vez alguna distinta impresion en las sienes del que las lleva; pero estan muy lejos de modificar el corazon.

En tanto que la tiranía se abria camino para introducirse en Atenas, habia tambien enarbolado su estandarte en Sicilia. Tranquilo poseedor de una autoridad usurpada por la astucia, Dionisio, el Viejo, sostuvo por espacio de treinta y ocho años su poder, empleando alternativamente virtudes y vicios, exterminando con la influencia de estos á sus enemigos, y

(a) Algo mas tolerables son en este pasaje esos sentimientos de misantropia. Mas para ser justo es preciso decir que no toda la emigracion francesa fue obra de la violencia, y que muchos de los emigrados lo fueron voluntariamente. La nobleza de las provincias particularmente, y la oficialidad del ejército emigraron impelidos por un noble sentimiento de honor, y para agruparse bajo la bandera blanca que los príncipes legítimos se habian llevado consigo. ¿Qué francés se hubiera resignado á permanecer en sus hogares cuando se le podia tachar de mujeril inercia? Al defender á los emigrados no defendia mi causa mas que bajo el punto de vista de la lealtad y de los sufrimientos, pues mis opiniones políticas no estaban representadas por las de la emigracion. (N. ED.)

haciendo soportable su yugo con las primeras: fue como Augusto, proscrito y reinó.

Al morir fue reemplazado en el trono por su hijo, que solo se distinguia de la muchedumbre por el traje, y el elevado rango que el capricho de la suerte quiso dar á su mediana capacidad. Asi como otros muchos príncipes de aquellos y de nuestros tiempos, todo su mérito consistia en ser un amable jóven, que sabia decir galanterias á las hermosas, apurar copas de Chio, vivir agradablemente, y estar persuadido de que con llamarse Dionisio, y no hacer mal á nadie, podia muy bien estar al frente del gobierno de una nacion.

Muy grato le habia sido al jóven Dionisio representar á tan poca costa el papel de rey en Siracusa, y tal vez los pueblos se habrian avenido con su sistema; porque en realidad es cosa que importa muy poco. (a) Desgraciadamente el novel soberano tenia un tio que era filósofo. (1)

(a) Quiero decir que todo gobierno humano es una cosa detestable y que lo mas perfecto seria vivir en confusion sin ninguna clase de gobierno. Estos capitulos son mucho mas difíciles de refutar que los de la primera parte y son tambien mas peligrosas que todas las fruslerias antireligiosas de la obra. No se pierda de vista que creyéndome cercano á la muerte cuando los escribí, aborreciendo á los nombres por los crímenes revolucionarios, no apreciando las cosas que habian existido antes de la revolucion, y no teniendo tampoco afición á lo que habia venido en pos de ella, mis ideas iban á parar directamente en la anarquía y en la destruccion de la sociedad. En mi prurito satírico no perdonaba ni á muertos ni á vivos, ni antiguos ni modernos, y no tardaré mucho en turbar las cenizas de Pompeyo, de César, de Ciceron y de Bruto. (N. ED.)

(1) Al leer la historia antigua conviene precaverse del entusiasmo. Hay mucho que rebajar de la idea que nos formamos acerca de los griegos y los romanos. Ese filósofo era indudablemente un grande hombre; pero tampoco carecia, segun nos dice el mismo Platon de grandes defectos. He aquí como habla de Pompeyo Ciceron en sus epístolas á Atico: «*Tuus autem ille amicus, nos, ut ostendit, admodum diligit, amplectitur, amat, aperte laudat; occulte, sed ita ut perspicuum sit, invidet nihil comes, nihil simplex, nihil... honestum (in rebus que sunt reipublice) nihil illustre, nihil forte, nihil liberum*» y ese es el mismo hombre en favor de quien el mismo Ciceron escribió el discurso «*Pro lege Manilia*! y aquel famoso Bruto, aquel virtuoso regicida, verosíblemente asesino de su padre, tan magníficamente alabado de Plutarco y de otros muchos escritores; aquel Bruto habia prestado dinero á los habitantes de Salamina, y queria que Ciceron les obligara á pagar el interés de la suma prestada al cuatro por ciento mensual, en tanto que los mayores usureros, dice el orador romano justamente indignado con semejante peticion, se contentaban con el uno por ciento. Bruto empleó en esta solicitud toda la urgencia y dureza de un malvado hasta el punto de hacer nombrar para la prefectura de aquella ciudad á un miserable que con un destacamento de caballería tuvo asediados por deudas á los senadores de Salamina de los cuales llegaron á morir trescientos de hambre, y aun despues de eso Bruto se atrevia á proponer que por medio de una ejecucion militar se le indemnizara de la suma prestada. Me es muy sensible, añade Ciceron, ver que vuestro amigo (Bruto) es tan distinto de lo que yo pensaba. En esas mismas epístolas de Ciceron á Atico es donde se lee esa anécdota muy poco conocida y que sin embargo merece serlo. Ese rasgo es aun mas odioso por la circunstancia de reclamar Bruto aquella cantidad en nombre de dos amigos suyos, aunque en realidad nada tenian que ver con ella.

No careció tampoco el buen Ciceron de debilidades como nos lo revelan sus propios escritos y su biografía escrita por Plutarco. Es curioso ver que César le escribiera hablando de las guerras civiles: «*Mi querido Ciceron permaneced tranquilo, un buen ciudadano como vos no debe meterse en nada.*» Y el pobre Ciceron se llena de espanto diciendo: «*¿Qué habria sido de mí, querido Atico? ¿Estuve á punto de ser arrestado con mis lectores? ¡Ah! ¡Dioses inmortales! circulan las mas funestas noticias. ¡Si yo estuviese en mi casa de Tusculum! Me retiraria á una isla de la Grecia; pero Antonio no lo querrá. ¿Qué he de hacer? Escribí una hermosa epístola á Antonio que llegó con tres cómicas en una litera. En seguida pronunció las Filípicas y Antonio presentó la malhadada carta. César no se tomaba la molestia de*

Dion, que así se llamaba el filósofo, cometió el grave error de no comprender el carácter de Dionisio, y como ciego apasionado de la filosofía, creyó que todo el mundo estaba obligado á amarla como él la amaba. Queriendo, pues, elevar al jóven monarca sobre los límites que la naturaleza le habia prescrito, no hizo mas que llenarle la cabeza de ideas indigestas, y acaso darle vicios, cuya semilla tal vez no se albergaba en su corazon. Arte en extremo difícil es el saber formar un exacto juicio acerca de un hombre y del modo con que es preciso hablarle. Una inteligencia de elevado temple propende á creer que los demás se hallan á la altura de su capacidad, y les habla en ese sentido sin conocer que no le comprenden. El hombre de talento tiene absolutamente que sacrificarse á la tontería, y no falta quien me ha asegurado tener cada vez mas partido en la sociedad porque incesantemente estaba aparentando ser mas nulo que el sugeto con quien hablaba (a).

Por toda la Grecia dominaba la reputacion de Platon, por lo cual Dion aconsejó á su sobrino tratar de atraerlo á Siracusa. Platon despues de haber presentado algunas dificultades, consintió en ir á dar lecciones al jóven monarca, y á resultas de su venida no tardó la corte en transformarse en una academia. Dionisio no hacia mas desde la mañana hasta la noche que argumentar sobre cuál era el mejor ó el peor de los gobiernos; mas al fin se cansó de desatinar en lo que no entendia. Los cortesanos murmuraban; el ejército se cuidaba poco ó nada del mundo ideal, y la virtud filosófica era demasiada casta para el tirano. Dion fue desterrado y de allí á poco se le unió Platon en Grecia. Apenas habia salido de Siracusa el moralista, cuando ya Dionisio ardía en deseos de volverlo á ver. Deseos en los reyes son lo mismo que necesidades. Pero por esta vez fue preciso que todos los filósofos de la grande Grecia comprometieran su palabra en obsequio de la seguridad ofrecida al anciano de la Academia. En este interés que toda una corporacion de sabios se tomó por uno de sus miembros, hay algo que conmueve gratamente el corazon: cuando Juan Jacobo andaba errante de pais en pais, (1) muy poco se cuidaban de él los sabios de Francia, de Inglaterra (2), ni Italia.

ocultar sus vicios. La proclamacion de su colega Bibulo: «*Bithynicam reginam eique regem antea fuisse cordi, nunc esse regnum*» y los versos de los soldados:

*Gallias Caesar subegit, Nicomedes Casarem
Ecce Caesar nunc triumphat qui subegit Gallias;
Nicomedes non triumphat que subegit Casarem,*

dan claramente á entender los desórdenes de la reina de Bitinia. Augusto despues de haber proscrito cuando jóven á sus conciudadanos, deshonraba, siendo viejo, á las jóvenes de sus Estados. Paso en silencio los Nerones y los Tiberios. Sin embargo es cosa particular que mostrándose Suetonio tan aficionado á referir cierto género de anécdotas nada diga acerca de lo que nos refiere Tácito por lo tocante á los incestos de Agripina con su hijo.

(a) Trató al público con la franqueza mayor del mundo: le cojo del brazo y le cuento con toda familiaridad lo que otro cualquiera me ha contado. (N. ED.)

(1) Las supuestas persecuciones de Rousseau no tenian por la mayor parte mas origen que en sus propias ideas. Es cierto que por algunos de sus escritos fue condenado judicialmente, pero otros escritores que se hallaban en igual caso se reian de una sentencia que no hacia mas que aumentar su celebridad, y cuyo mas duro rigor se reducía á pronunciar algunos dias de arresto en el castillo de Vincennes. No quiero decir que no se cometió una gran falta en dar orden de prision contra Rousseau, pues soy demasiado amigo de la libertad individual y de la imprenta, para no salir en defensa de sus derechos, pero digo que no deben usarse exageraciones y que no es justo dar el nombre de *proscripcion* ni de *destierro* á lo que en realidad no presentaba el odioso carácter de tal. (N. ED.)

(2) Seria injusto olvidarse de que Hume dió hospitalidad á Juan Jacobo; que en el duque de Portland encontró la pro-

teccion de un Mecenas y las luces de la filosofía, y finalmente que el gobierno de S. M. británica concedió una honrosa pension al ilustre emigrado.

CAPITULO X.

EXPEDICION DE DION.—FUGA DE DIONISIO.—TRASTORNOS EN SIRACUSA.

Dion, viéndose despojado de sus bienes, y herido en el alma por el divorcio de su esposa, dada en matrimonio por Dionisio á uno de sus favoritos, resolvió librar de su tiranía á la Sicilia. Púsose al frente de una expedicion no compuesta mas que de dos buques y ochocientos hombres, contra un príncipe que poseia ejércitos y escuadras; (1) pero el gefe de la expedi-

cion de un Mecenas y las luces de la filosofía, y finalmente que el gobierno de S. M. británica concedió una honrosa pension al ilustre emigrado.

(1) Dionisio entonces carecia de recursos financieros, que son causa poderosa de revoluciones. En este *Ensayo* hay tres ó cuatro capitulos en los que aparecen algunas investigaciones sobre el sistema rentístico comparado de los antiguos y los modernos. Sobre este particular debo decir que es un asunto muy oscuro y que me ha causado mucho trabajo el seguir paso á paso en cuanto me ha sido posible el estado de las contribuciones, de los préstamos, y de todas las operaciones financieras desde los primeros tiempos de la historia hasta nuestros dias. Se verá que tal vez podria probarse que las letras de cambio hubiesen sido conocidas por los antiguos, y que tanto en este particular como en todo lo demás nuestra superioridad sobre aquellos no es tan absoluta como algunos creen. Por lo tocante al papel moneda, no merece la pena de que nos alabemos de su uso, pues nunca ha producido mas que calamidades. Asi lo demuestra palpablemente la Francia y América que tambien ha tenido que sufrir por esa plaga. En 1775 el Congreso decretó la emision de *bills* de crédito por una suma de dos millones de dolares que debian irse gradualmente retirando de la circulacion por medio de impuestos, quedando fijado el primer plazo de amortizacion para el 31 de noviembre 1779. Siguiéron otras muchas emisiones, de modo que en febrero de 1776 habia en los Estados Unidos mas de veinte millones de dolares en papel.

El entusiasmo del pueblo los sostuvo por algun tiempo, pero al fin el interés pudo mas que el patriotismo y principiaron á perder. Prosiguiendo el Congreso en multiplicar el papel, no tardó en llegar su total á doscientos millones. Ademas de esa enorme masa, cada Estado tenia sus propios particulares asi como los departamentos de Francia tuvieron sus pequeños asignados. A fin de remediar la pérdida que en 1779 sufrían los *bills*, el Congreso empleó un recurso que la Convencion puso tambien en juego posteriormente y consistia en reemplazar el antiguo papel por otro de nueva crea-

cion. Al oírme hablar de asuntos rentísticos en la tribuna, ó cuando mas he hecho en obsequio de mi pais que es cuando me he abstenido de hablar acerca de malhadadas operaciones, se ha creído generalmente que yo principiaba entonces, como otros muchos, mi educacion financiera, sin embargo no es asi como lo demostraran esta nota y otros muchos pasajes de esta obra. El estudio y la fraseología rentística me eran familiares desde mucho tiempo atrás, pues me aficioné á ellos durante mi emigracion en Inglaterra. Cuando llegué á la direccion de asuntos en mi pais, nada ignoraba de lo concerniente á mis deberes. No sé si hubiera desempeñado debidamente el ministerio de Hacienda, pero por lo menos en tal caso habria tenido ese punto de semejanza con Pitt, y el Estado se habria visto en la necesidad de costear mis funerales. La casa de aquel ilustre ministro inglés se halló siempre en el mayor desorden: todo el mundo le robaba y Pitt nunca acertó á ponerse al corriente de su deuda con la lavandera; yo soy mucho mejor rentístico que todo eso. (N. ED.)